

ESCENAS POLITICAS

Animas del purgatorio ABC

SEGURAMENTE hay que nacer al borde del volante mediterráneo para que a uno se le ocurra esa diablura de poner a los políticos a representar el Tenorio. Eso tenía que ser cosa de murcianos y demás gentes de buen reir. Mi querido Alfonso Sánchez, ese sordo que oye crecer la hierba, me ha traspasado la tentación de imaginar alguna eutrapelia sobre esa travesura de mis paisanos. ¡Pero, hombre, Alfonso, pues si que se presenta el mesecito para gastar donaires y cuchufletas con los muertos que se levantan y que se ponen a hablar desde sus propias estatuas! Y, encima, empieza a preguntarle a todo bicho viviente que quién es ese personaje que dice lo de que «los muertos que vos matáis gozan de buena salud», que digo yo que será cosa en colaboración del capitán Centellas, don Blas Piñar y don Fernando Vizcaino Casas.

Don Ciriaco de Vicente, socialista que tiene rojo hasta el pelo de la barba, o sea, que tiene la barba de color bigote de pancha, ha hecho de don Juan, y una concejala de UCD, llamada Carmen Moreno —no confundir con la Carmela García Moreno que Suárez se ha llevado a la Moncloa— ha hecho de doña Inés del alma mía, Virgen Santa qué principio. Este Tenorio político podría haber sido un ensayo provinciano del gran Tenorio político nacional. En los «cuarenta años» se inventaron el Tenorio de Dali, y ahora nos podíamos haber inventado, para animar un poco el desmayo teatral de la democracia, un Tenorio político con un reparto de estrellas de primera magnitud. No me explico cómo no se le ha ocurrido una cosa así a don Fernando Arias-Salgado para tener a treinta millones de españoles ante el televisor. Bueno, claro, es que no es de Murcia.

En ese reparto, el papel de Don Juan habría que dárselo inevitablemente a don Adolfo Suárez, que pondría muy bien la voz, el gesto y la apostura y hasta sería capaz de dejar muy mal a don Gregorio Marañón. El papel de don Luis Mejías le corresponde a don Felipe González, porque don Luis lleva muriendo a manos de Don Juan casi los mismos que va a estar en el Poder la UCD; don Diego Tenorio le viene pintiparado a don Torcuato Fernández-Miranda, porque le ha salido el hijo disipado, calavera y arrollador; el Comendador no podría ser otro que don José María de Areilza, convidado de piedra, a quien le robaron una niña virgen llamada Democracia del convento donde la tenía guardada; y el Escultor, que esculpe mármoles funerarios que se ponen a echar versos es cosa de don Blas Piñar. A doña Inés y a doña Ana hay que buscarlas entre la derecha, porque la izquierda no da el tipo; además, hay que tener en cuenta que, al fin y al cabo, es la derecha, o sea, doña Inés la que tiende la mano a Don Juan para meterlo en el paraíso. Luisa María Payán, o así. La Brigida se la podíamos ofrecer a doña Lola Gaos, al frente de un coro de abortistas, que sería la novedad del año. Y el Ciutti, claro, a don Fernando Abril.

Dice Alfonso Sánchez que resulta extraña la ausencia de don Ricardo de la Cierva y de don Joaquín Garrigues, que son dos diputados por Murcia, de ese Tenorio político murciano. Está claro que el papel que hay que darle a don Ricardo es el de hostelero, para justificar ese co-

nocimiento que tiene de todo lo que se dice en los comedores políticos reservados. En cuanto a un político se le va la lengua en una hostería, se entera don Ricardo de la Cierva. Eso es que está allí, disfrazado de hostelero, y después lo cuenta en los fascículos. Más difícil es darle un papel a don Joaquín Garrigues. Pero ¿qué haría un ministro como Garrigues en una obra como el Tenorio, si en ella no salen pelicanos? Mejor será dejarlo en la primera fila de butacas, para que se divierta y haga la crítica.

No son éstas del Don Juan las únicas ánimas que circulan por ahí en estos comienzos de noviembre. Los gallegos ya están viendo meigas sobrevolar sobre su Estatuto. A la progresía se le viene encima los espíritus del Santo Oficio, como si los estuvieran despabilando el Papa Wojtyla y el cardenal Marcelo. El honorable José Tarradellas está a punto de convertirse en una sombra. Y, además, la muerte sucesiva de Mamie Eisenhower y de Rachele Mussolini nos ha traído el recuerdo de aquel célebre abrazo de los cuarenta años entre generales y la estampa del Duce fascista colgado por los pies y con la cabeza romañola gravitando hacia la tierra.

O sea, que estamos rodeados de ánimas, y en el purgatorio. La lista de muertos sigue, por la cruz de San Andrés, en el País Vasco. Ahora resulta que hay unos comandos autónomos que lo mismo matan al socialista Germán González que al guardia civil Manuel Fuentes. Algo hemos logrado ya con el Estatuto. Que la izquierda convoque una huelga general para protestar por la muerte de una víctima de la ETA. Que algunos digan que «desaprueban» un asesinato de los terroristas. Que otros lo califiquen de «error». Y el habernos enterado de que circulan por Vasconia unos comandos autónomos, o sea, autónomos de otros autónomos que no se conforman con el Estatuto de los autónomos. La sublimación superferolítica en cuestión de autonomía.

Y más ánimas. Hay estadísticas que dan la cifra de trescientos mil niños abortados cada año. Y, además, ahora, hay otros tantos que sí han nacido, pero que no tienen todavía vida legal, porque los funcionarios de Justicia no quieren inscribirlos. Vagan por el limbo de los registros como ánimas en pena. A unos niños los apuntamos, antes que tengan nombre, en el libro de los muertos. Y a otros no les damos nombre para que puedan ser escritos en el libro de los vivos.

En las noches de ánimas pasan cosas maravillosas. Don Adolfo Suárez ha empezado a decir «no», que hasta ahora sólo le gustaba decir que «depende», y ha dicho que no a la involución, a la crisis de Gobierno, a los acuerdos parlamentarios con el PSOE y a la amnistía. «Acostúmbrate a decir no», se lee en un versículo de «Camino», y a lo mejor, por el camino del «no» —excluido, desde luego, el trance del referéndum—, encontramos la puerta del paraíso democrático. Los políticos representan el Tenorio. Buscamos museo para el Guernica sin tener el cuadro, y buscamos otros quinientos cuadros que teníamos en el Prado y que ya no los tenemos. Y, además, una señorita, doña Juana María García Pozo, se ha puesto a jugar al fútbol en un equipo de hombres. Y en este punto es donde tiene que decir doña Inés, digo doña Luisa María Payán, eso de «¡Animas del Purgatorio!»—Jaime CAMPANY.